

## Créditos

Páginas Revista HOY Caso Lonquén

13 al 19 de diciembre de 1978 (dos páginas)

y 21 al 27 de febrero de 1979 (una página)



MACABRO

ciones especiales" durante 1979. De los tres mil 900 mineros, el 20 por ciento abandonará las faenas a partir del 1.º de enero, recibiendo una doble indemnización con un tope de 254 mil pesos.

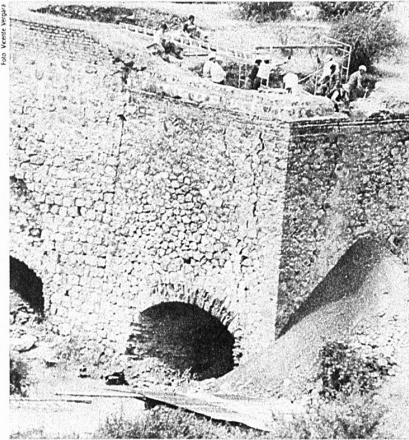
### Argentina

Y como el gobierno debe tener un ojo en el frente interno y el otro en el externo, el interés y la preocupación pasaron a Buenos Aires. A la capital argentina viajó el canciller Hernán Cubillos para reunirse con su colega Carlos Washington Pastor y ver modo de ponerse de acuerdo para la designación de un país mediador. Este deberá superar las extenuadas deliberaciones de la Comisión N.º 2.

Si se trata de un mediador que aclare la controversia relativa a la delimitación de las aguas australes, Cubillos aceptaría encantado por parte de Chile. Pero si, al tenor de lo afirmado por la prensa argentina en los últimos días, el mediador tendrá que delimitar tierras, la respuesta será negativa.

Eso último implicaría retroceder a la situación anterior al laudo, que ya falló la absoluta soberanía chilena en las islas del Beagle.

La última palabra oficial la dio en Argentina el ministro del Interior, general Albano Harguindeguay, quien manifestó que el conflicto con Chile debe resolverse por la razón y no por la fuerza, ya que si lo último sucediera, "el más fuerte y poderoso impondrá su voluntad".



Remoción de tierra en "aba" de Lonquén: cuadrilla de trabajadores en plena labor

MACABRO HALLAZGO

## Misterio en Lonquén

● Con designación de ministro en visita, tribunales reconocieron gravedad de denuncia hecha por Arzobispado de Santiago

Por Ignacio González  
El olor nauseabundo de cuerpos en descomposición que se desenterraron en un horno de la abandonada mina de cal de Lonquén (a doce kilómetros de Talagante) fue un golpe a la sensibilidad más que al ofato.

El hallazgo causó una conmoción pública que impulsó a la Corte Suprema a nombrar el miércoles último al magistrado Adolfo Baños como ministro en visita para investigar los hechos. La jueza de Talagante, Juana Godoy, entregó los antecedentes que había reunido a ese personero descrito como independiente y acucioso y con brillante trayectoria anterior como juez del crimen.

Las repercusiones del caso saltaron las fronteras, traducándose en un inusitado interés de EE.UU., Latinoamérica y Europa por conocer más antecedentes. El gobierno —a través de una declaración del mi-

nistro del Interior, Sergio Fernández— indicó que había impartido instrucciones para dar las máximas facilidades a los organismos judiciales, a fin de que pudieran operar con toda la eficacia que el caso requiere, "atendido el hecho de que, tanto a la comunidad como a las autoridades interesadas en igual medida esclarecer cabalmente la verdad acerca de esta situación".

Por su parte, el ministro secretario general de gobierno, general René Vidal, agregó: "Por los antecedentes que tenemos, se trataría de un caso estrictamente policial".

En visitas al terreno y recolección de hechos que trascendían, HOY determinó que la cuadrilla excavadora de los hornos había descubierto —hasta la mañana del jueves pasado— al menos unos diez cráneos y los restos de undecimo (la mayoría de ellos con impactos de bala, según *La Tercera*). También estaban las correspondien-

tes osamentas recubiertas de trozos de carne. Los médicos-legistas tenían la impresión preliminar de que había dos o tres mujeres entre las víctimas.

### Tumba escondida

Los hornos son dos. En el del costado oriente —de mayores dimensiones que el del poniente— parecía no haber restos humanos. Sólo se encontraron huesos de un perro. Prácticamente no había cobertura significativa de tierra ni el irresistible hedor de cuerpos humanos descompuestos.

El otro horno estaba literalmente transformado en una cripta. En un primer nivel (ver figura adjunta) había tierra no bien asentada, junto con piedras. La capa resultaba fácil de penetrar con las herramientas.

Bajo ella, los excavadores se toparon con una losa de cemento. Sobresalen de ella trozos de hierro viejo, incluido un antiguo catre de ese metal. La hipótesis que algunos plantearon fue que, sobre esa armazón de metal, se había lanzado la mezcla húmeda. De ese modo, se consolidó una costra burda, pero durísima.

Esta cubierta de forma convexa —que debió ser penetrada con un esforzado trabajo de chuzo— cubría más tierra y el núcleo que había provocado el propio trabajo de

HOY: 13 AL 19 DE DICIEMBRE DE 1978

MACABRO HALLAZGO

## Misterio en Lonquén

Con designación de ministro en visita,  
Tribunales reconocieron gravedad de denuncia hecha  
Por Arzobispado de Santiago

Por Ignacio González

Pág. 10

Hoy, 13 AL 19 DICIEMBRE DE 1978

ciones especiales" durante 1979. De los tres mil 900 mineros, el 20 por ciento abandonará las faenas a partir del 1.º de enero, recibiendo una doble indemnización con un tope de 254 mil pesos.

### Argentina

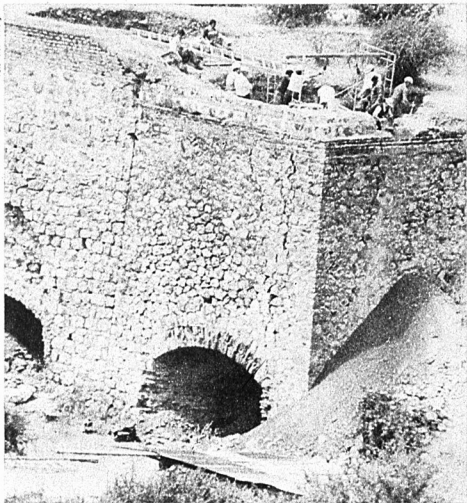
Y como el gobierno debe tener un ojo en el frente interno y el otro en el externo, el interés y la preocupación pasaron a Buenos Aires. A la capital argentina viajó el canciller Hernán Cubillos para reunirse con su colega Carlos Washington Pastor y ver modo de ponerse de acuerdo para la designación de un país mediador. Este deberá superar las estancadas deliberaciones de la Comisión N.º 2.

Si se trata de un mediador que aclare la controversia relativa a la delimitación de las aguas australes, Cubillos aceptará encantado por parte de Chile. Pero si, al tenor de lo afirmado por la prensa argentina en los últimos días, el mediador tendrá que delimitar tierras, la respuesta será negativa.

Eso último implicaría retroceder a la situación anterior al laudo, que ya falló la absoluta soberanía chilena en las islas del Beagle.

La última palabra oficial la dio en Argentina el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, quien manifestó que el conflicto con Chile debe resolverse por la razón y no por la fuerza, ya que si lo último sucediera, "el más fuerte y poderoso impondrá su voluntad".

Foto: Hernán Vignola



Remoción de tierra en "sh" de Lonquén: cuadrilla de trabajadores en plena labor

### MACABRO HALLAZGO

## Misterio en Lonquén

● Con designación de ministro en visita, tribunales reconocieron gravedad de denuncia hecha por Arzobispado de Santiago

Por Ignacio González

El olor nauseabundo de cuerpos en descomposición que se desenterraron en un horno de la abandonada mina de cal de Lonquén (a doce kilómetros de Talagante) fue un golpe a la sensibilidad más que al olfato.

El hallazgo causó una conmoción pública que impulsó a la Corte Suprema a nombrar el miércoles último al magistrado Adolfo Bañados como ministro en visita para investigar los hechos. La jueza de Talagante, Juana Godoy, entregó los antecedentes que había reunido a ese personero descrito como independiente y acucioso y con brillante trayectoria anterior como juez del crimen.

Las repercusiones del caso saltaron las fronteras, traducándose en un inusitado interés de EE.UU., Latinoamérica y Europa por conocer más antecedentes. El golpe —a través de una declaración del mi-

nistro del Interior, Sergio Fernández— indicó que había impartido instrucciones para dar las máximas facilidades a los organismos judiciales, a fin de que pudieran operar con toda la eficacia que el caso requiere, "atendido el hecho de que, tanto a la comunidad como a las autoridades interesa en igual medida esclarecer cabalmente la verdad acerca de esta situación".

Por su parte, el ministro secretario general de gobierno, general René Vidal, agregó: "Por los antecedentes que tenemos, se trataría de un caso estrictamente policial".

En visitas al terreno y recolección de hechos que trascendían, HOY determinó que la cuadrilla excavadora de los hornos había descubierto —hasta la mañana del jueves pasado— al menos unos diez cráneos y los restos de undecimo (la mayoría de ellos con impactos de bala, según *La Tercera*). También estaban las correspondien-

tes osamentas recubiertas de trozos de carne. Los médicos-legistas tenían la impresión preliminar de que había dos o tres mujeres entre las víctimas.

### Tumba escondida

Los hornos son dos. En el del costado oriente —de mayores dimensiones que el del poniente— parecía no haber restos humanos. Sólo se encontraron huesos de un perro. Prácticamente no había cobertura significativa de tierra ni el irresistible hedor de cuerpos humanos descompuestos.

El otro horno estaba literalmente transformado en una cripta. En un primer nivel (ver figura adjunta) había tierra no bien asentada, junto con piedras. La capa resultaba fácil de penetrar con las herramientas.

Bajo ella, los excavadores se toparon con una losa de cemento. Sobresalían de ella trozos de hierro viejo, incluido un antiguo catre de ese metal. La hipótesis que algunos plantearon fue que, sobre esa armazón de metal, se había lanzado la mezcla húmeda. De ese modo, se consolidó una costra burda, pero durísima.

Esta cubierta de forma convexa —que debió ser penetrada con un esforzado trabajo de chuzo— cubría más tierra y el núcleo que había provocado el prolfijo trabajo de



Foto: Vicente Vergara

LONQUÉN (II)

Mudo escenario de indescribible drama: ahora quedan las interrogantes

## Testimonio de un visitante

● Macabra visión humana y periodística hace aflorar preguntas básicas

Por Abraham Santibáñez

Evidentemente, el lugar no es apto para turistas: ni para curiosos: cuando se inició la inusitada actividad periodística en torno al cementerio clandestino de Lonquén, lo que más llamó la atención de los visitantes fue la total ausencia de espontáneos.

No es que el lugar estuviese totalmente desierto: dos o tres casas a menos de un kilómetro a la redonda, una bodega de madera a pocos metros de los hornos donde estaban los cadáveres, un camino descuidado, pero camino al fin, y muchas otras señales denunciaban la proximidad de seres humanos. Pero ni los habitantes permanentes ni los trabajadores de paso en el sector se acercaron a los primeros grupos que realizaban la macabra tarea de verificar la seriedad de la denuncia.

Sólo más tarde, cuando los diarios, la radio y la TV proclamaron la noticia *urbí et orbe*, cambió la situación. Pero, para quien fue testigo de la primera inspección, la protagonizada por el obispo Alvear y una comisión especial (HOY N.º 80), es imposible olvidar el lóbrego ambiente. Pese a la sequedad de los cerros y el implacable sol de mediodía, la sensación era de opresión y angustia, como si en vez de estar en el habitualmente sonriente valle central chileno se estuviera a miles de kilómetros de distancia, en el paisaje pantanoso de Escocia, lugar de tantas novelas policíacas, o, peor aún, en los campamentos de la muerte, en Europa Central, cuyos

nombres componen la más macabra letanía de todos los tiempos...

Imaginación desatada, tal vez. Pero, sobre todo, la triste certeza de que en este apacible lugar, de apariencia tan inocente, ocurrió —no hace mucho— una tragedia horrenda, superior a todos los habituales relatos de la crónica roja. Porque estos cadáveres no llegaron aquí por casualidad. Porque —ajuzgar por su número— no se puede reducir todo a un simple incidente policial, a una pelea entre mineros alcoholizados o campesinos analfabetos. Aquí, escondida bajo el incongruente sol de esta primavera-verano, ocurrió una tragedia que estremece, con algo de Dante y de Shakespeare, y ella flota en el ambiente, pese al tiempo y las lluvias que lavaron todo. O casi todo.

### Visión amarga

La construcción que alberga los dos silos, en uno de los cuales se encontraron los cadáveres, es de por sí impresionante: alta torre de piedras cuadradas, con una esquina a punto de quebrarse, tiene algo de medieval en su desnuda apariencia gris. Abajo, al nivel del suelo, una al lado de la otra, como fauces siniestras, están abiertas las negras bocas de los hornos: por una de ellas fueron vomitados los primeros restos. Trozos de cráneos amarillentos, con huellas de cuero cabelludo; pelos sueltos, negros; ropas desgarradas, en las que se reconoce un *blue jeans*, un chaleco de hom-

bre, Y, al comienzo, poco más.

Al frente, a menos de cien metros, otro impacto inolvidable: los restos de una casa. Las paredes de cemento muestran picaduras extrañas, especie de viruela originada tal vez por balas o por picotadas de mineros. Por ahí, se dice, aparecieron muchas vainillas vacías. Fue hace tiempo. Ahora, pese al cuidado con que se ha buscado, no se ha encontrado nada. Sólo en el interior del primer silo había algunas.

¿Qué increíble hecatombe ocurrió aquí? ¿Quiénes son estos muertos? ¿Quiénes los ultimaron? ¿Estaban vivos cuando llegaron y fueron muriendo de a poco, con la espalda apoyada en esta pared callada, mientras alcanzaban a ver, delante de sus ojos, el muralón dentro del cual serían sepultados y olvidados para siempre?

Y, al fin, las preguntas definitivas: ¿Son éstos algunos de los cientos de desaparecidos que han sido denunciados tan tenazmente y cuya "supuesta" existencia ha sido desmentida en forma igualmente tenaz? ¿Corresponden a ellos los nombres y las cédulas de identidad de Talagante registrados en la lista de la Vicaría de la Solidaridad, media docena de los cuales son de personas desaparecidas en octubre de 1973?

Por ahora no hay respuesta. Ninguno de nosotros —los primeros testigos— puede darla. Corresponderá esta tarea a la justicia. Puede ser un trabajo largo y difícil. Pero que ha empezado —en medio de tanta tragedia— con buenos auspicios: la dedicación de la jueza de Talagante, que debió hacer las primeras diligencias, los rápidos acuerdos del pleno de la Corte Suprema y la preocupación del propio presidente del alto tribunal son la prueba y constituyen una garantía de seriedad. Chile y el mundo confían en que no se ahorrarán esfuerzos en este empeño.

HOY, 13 AL 19 DE DICIEMBRE DE 1978

13

LONQUÉN (II)

## Testimonio de un visitante

Macabra visión humana y periodística hace aflorar preguntas básicas

Por Abraham Santibáñez

Pág. 13

Hoy, 13 AL 19 DICIEMBRE DE 1978



Foto: Vicente Vespiga

## LONGUEN (II)

# Testimonio de un visitante

### ● Macabra visión humana y periodística hace aflorar preguntas básicas

Por Abraham Santibáñez

Evidentemente, el lugar no es apto para turistas. Ni para curiosos; cuando se inició la inusitada actividad periodística en torno al cementerio clandestino de Longuén, lo que más llamó la atención de los visitantes fue la total ausencia de espontáneos.

No es que el lugar estuviese totalmente desierto; dos o tres casas a menos de un kilómetro a la redonda, una bodega de madera a pocos metros de los hornos donde estaban los cadáveres, un camino desdiciado, pero camino al fin, y muchas otras señales denunciaban la proximidad de seres humanos. Pero ni los habitantes permanentes ni los trabajadores de paso en el sector se acercaron a los primeros grupos que realizaban la macabra tarea de verificar la seriedad de la denuncia.

Sólo más tarde, cuando los diarios, la radio y la TV proclamaron la noticia *urbi et orbe*, cambió la situación. Pero, para quien testigo de la primera inspección, la protagonizada por el obispo Enrique Alvear y una comisión especial (HOY N.º 80), es imposible olvidar el lóbrego ambiente. Pese a la sequedad de los cerros y el implacable sol de mediodía, la sensación era de opresión y angustia, como si en vez de estar en el habitualmente sonriente valle central chileno se estuviera a miles de kilómetros de distancia, en el paisaje puntanoso de Escocia, lugar de tantos novelistas policiales, o, peor aún, en los campamentos de la muerte, en Europa Central, cuyos

nombres componen la más macabra letanía de todos los tiempos...

Imaginación desatada, tal vez. Pero, sobre todo, la triste certeza de que en este apacible lugar, de apariencia tan inocente, ocurrió—no hace muchos—una tragedia horrenda, superior a todos los habituales relatos de la crónica roja. Porque estos cadáveres no llegaron aquí por casualidad. Porque —ajuzgar por su número—no se puede reducir todo a un simple incidente policial, a una pelea entre mineros alcoholizados o campesinos analfabets. Aquí, escondida bajo el incongruente sol de esta primavera-verano, ocurrió una tragedia que estremece, con algo de Dante y de Shakespeare, y ella flota en el ambiente, pese al tiempo y las lluvias que lavaron todo. O casi todo.

### Visión amarga

La construcción que alberga los dos silos, en uno de los cuales se encontraron los cadáveres, es de por sí impresionante: alta torre de piedras cuadradas, con una esquina a punto de quebrarse, tiene algo de medieval en su desnuda apariencia gris. Abajo, al nivel del suelo, una al lado de la otra, como fauces siniestras, están abiertas las negras bocas de los hornos; por una de ellas fueron vomitados los primeros restos. Trozos de cráneos amarillentos, con huecillos de cuero cabelludo; pelos sueltos, negros; ropas desgarradas, en las que se reconocen un *blue jeans*, un chaleco de hom-

Mudo escenario de indescribable drama: ahora quedan las interrogantes

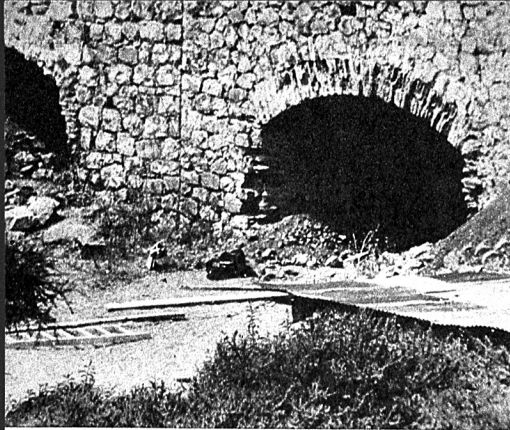
bre, Y, al comienzo, poco más.

Al frente, a menos de cien metros, otro impacto inolvidable: los restos de una casa. Las paredes de cemento muestran picaduras extrañas, especie de viruela originada tal vez por balas o por picotas de mineros. Por ahí, se dice, aparecieron muchas vainillas vacías. Fue hace tiempo. Ahora, pese al cuidado con que se ha buscado, no se ha encontrado nada. Sólo en el interior del primer silo había algamas.

¿Qué increíble hecatombe ocurrió aquí? ¿Quiénes son estos muertos? ¿Quiénes los ultimaron? ¿Estaban vivos cuando llegaron y fueron muriendo de a poco, con la espalda apoyada en esta pared callada, mientras alcanzaban a ver, delante de sus ojos, el murallón dentro del cual serían sepultados y olvidados para siempre?

Y, al fin, las preguntas definitivas: ¿Son éstos algunos de los cientos de desaparecidos que han sido denunciados tan tenazmente y cuya "supuesta" existencia ha sido desmentida en forma igualmente tenaz? ¿Corresponden a ellos los nombres y las cédulas de identidad de Talagante registrados en la lista de la Vicaría de la Solidaridad, media docena de los cuales son de personas desaparecidas en octubre de 1973?

Por ahora no hay respuesta. Ninguno de nosotros —los primeros testigos— puede darla. Corresponderá esta tarea a la justicia. Puede ser un trabajo largo y difícil. Pero que ha empezado —en medio de tanta tragedia— con buenos auspicios: la dedicación de la jueza de Talagante, que debió hacer las primeras diligencias, los rápidos acuerdos del pleno de la Corte Suprema y la preocupación del propio presidente del alto tribunal son la prueba y constituyen una garantía de seriedad. Chile y el mundo confían en que no se ahorrarán esfuerzos en este empeño.



El padre, Sergio Adrián Maureira Lillo: recuerdos del álbum familiar

CASO LONQUÉN *Sancaspis*

## Identificación positiva

● Individualización de cinco cadáveres hallados en horno de cal revive debate acerca de detenidos-desaparecidos

Por Ignacio González

Los familiares de los detenidos-desaparecidos enarbolan una terrible pregunta. Marcados por una señal trágica y distintiva, terminaron por agruparse. Han marchado, se han atado con cadenas y han realizado huelgas de hambre, para hacer más fuerte su pedido. Recién, por la vía de una investigación sobre el hallazgo de cadáveres en Lonquén (HOY N.º 81), comienza a diseñarse una fracción de la respuesta.

El miércoles último, en el Instituto Médico Legal y desfalleciendo tres veces en el curso de su acción, una joven de Isla de Maipo identificó las ropas de su padre, Sergio Adrián Maureira Lillo, y de sus hermanos Sergio Miguel, José Manuel, Segundo Armando y Rodolfo Antonio. Las prendas habían cubierto algunos de los restos de un horno de cal de la mina a comienzos de diciembre pasado.

El grupo familiar Maureira fue detenido hace poco más de cinco años. El padre, que a la fecha de la aprehensión tenía 47 años, era un obrero agrícola de la viña Naguayán, de Isla de Maipo. Había sido candidato a regidor del Movimiento de Acción Popular Independiente, API. Sus hijos tenían su mismo oficio.

El relato de la detención que hacen los Maureira Muñoz sobrevivientes se puede sintetizar así:

En la noche del 7 de octubre de 1973, a las 22 horas, alguien golpeó en la puerta de la aislada vivienda de Maureira Lillo. Al abrirla, aparecieron cinco carabineros de la tenencia de Isla de Maipo. Entre ellos estaban Manuel Muñoz, Héctor Vargas y un tal Pablo, muy conocido por la familia.

Este último preguntó por el dueño de casa, que se encontraba en cama, afectado por la úlcera nerviosa de que padecía.

—Don Sergio —le dijo—. Acompáñenos a hacer una declaración. Va a volver luego, así que si gustan (dijo a los demás Maureira) lo esperan.

Un cuarto de hora más tarde, los cinco regresaron. No parecían los mismos. Hicieron retumbar la puerta. Violentamente se llevaron a José Manuel (tenía 25 años) y a Segundo Armando (23). Apuntaban sus armas y propinaron golpes. También habían detenido a Sergio (28) y Rodolfo Antonio (24), que, ya instalados por su cuenta y casados, vivían en casas cercanas del fundo.

Como señalan las fichas que sobre todos ellos confeccionó la Iglesia Católica, la fuerza pública no exhibió orden de detención ni de allanamiento ni tampoco indicó el lugar al que serían conducidos.

El furgón siguió traqueteando en las tinieblas. Sus ocupantes recogieron, con la misma violencia e igual procedimiento, a Enrique Astudillo Álvarez, de 49 años, y a sus hijos Omar y Ramón Astudillo Rojas, todos ellos obreros agrícolas; y a los hermanos Carlos Segundo, Oscar Nibaldo y Nelson Hernández Flores, este último, dirigente del sindicato de la viña Naguayán.

Al día siguiente, los familiares iniciaban una angustiosa búsqueda en la tenencia local, donde se les indicó que los detenidos habían sido trasladados de lugar, aunque sin indicar dónde. Más de un año más tarde, el sargento 2.º de Carabineros Luis Acevedo, jefe subrogante de la unidad, informaría a la justicia que el grupo se envió "al Campo de Prisioneros del Estadio Nacional, donde fueron recibidos conforme..."

### Sospechas

Según agregaba, su ingreso al coliseo deportivo constaba en una firma registrada al reverso de la copia de una minuta con que se acompañó a los detenidos. La rúbrica "al parecer dice Stgo. 2º. González". Pero el Servicio Nacional de Detenidos (Sendet) —acreditaba después un magistrado— no llegó a informar para negar o reconocer que hubiese recibido a los detenidos. Y mediante ese procedimiento, quedó cortado el hilo de la pista hasta ahora.

El original de la minuta que acompañaba a los Maureira, Astudillo y Hernández no ha podido ser ubicado. Hay, sin embargo, una fotocopia disponible. El documento tiene fecha de 8 de octubre de 1973, y lo firma el teniente Lautaro Eugenio Castro, a la sazón jefe de la tenencia.

Consigna una serie de cargos a los detenidos. Enrique René Astudillo Álvarez: "Filiación comunista... Se presume su vinculación con elementos extremistas ocultos en los cerros del cordón Naltagua, ya que se le ha sorprendido en reiteradas oportunidades transitando en dicho sector

CASO LONQUÉN

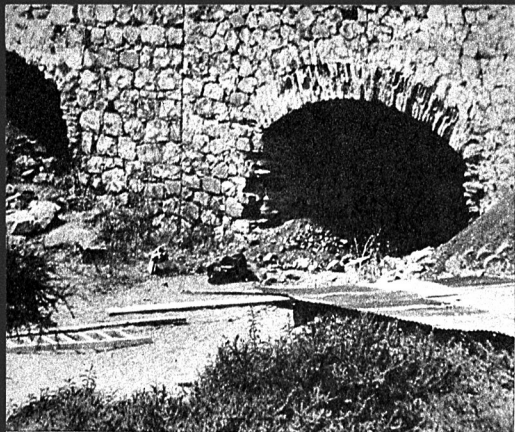
## Identificación positiva

Individualización de cinco cadáveres hallados  
En horno de cal revive debate acerca de  
Detenidos-desaparecidos

Por Ignacio González

Pág. 12

Hoy, 21 AL 27 febrero DE 1979



El padre, Sergio Adrián Maureira Lillo: recuerdos del álbum familiar

CASO LONQUÉN *Santitas*

## Identificación positiva

### ● Individualización de cinco cadáveres hallados en horno de cal revive debate acerca de detenidos-desaparecidos

Por Ignacio González

Los familiares de los detenidos-desaparecidos enarbolan una terrible pregunta. Marcados por una señal trágica y distintiva, terminaron por agruparse. Han marchado, se han atado con cadenas y han realizado huelgas de hambre, para hacer más fuerte su pedido. Recién, por la vía de una investigación sobre el hallazgo de cadáveres en Lonquén (HOY N.º 81), comienza a diseñarse una fracción de la respuesta.

El miércoles último, en el Instituto Médico Legal y desfalleciendo tres veces en el curso de su acción, una joven de Isla de Maipo identificó las ropas de su padre, Sergio Adrián Maureira Lillo, y de sus hermanos Sergio Miguel, José Manuel, Segundo Armando y Rodolfo Antonio. Las prendas habían cubierto algunos de los restos de catorce a 16 cadáveres desenterrados de un horno de cal de la mina a comienzos de diciembre pasado.

El grupo familiar Maureira fue detenido hace poco más de cinco años. El padre, que a la fecha de la aprehensión tenía 47 años, era un obrero agrícola de la viña Naguayán, de Isla de Maipo. Había sido candidato a regidor del Movimiento de Acción Popular Independiente, API. Sus hijos tenían su mismo oficio.

El relato de la detención que hacen los Maureira Muñoz sobrevivientes se puede sintetizar así:

En la noche del 7 de octubre de 1973, a las 22 horas, alguien golpeó en la puerta de la aislada vivienda de Maureira Lillo. Al abrirla, aparecieron cinco carabineros de la tenencia de Isla de Maipo. Entre ellos estaban Manuel Muñoz, Héctor Vargas y un tal Pablo, muy conocido por la familia.

Este último preguntó por el dueño de casa, que se encontraba en cama, afectado por la úlcera nerviosa de que padecía.

—Don Sergio —le dijo—. Acompáñenos a hacer una declaración. Va a volver luego, así que si gustan (dijo a los demás Maureira) lo esperan.

Un cuarto de hora más tarde, los cinco regresaron. No parecían los mismos. Hicieron retumbar la puerta. Violentamente se llevaron a José Manuel (tenía 25 años) y a Segundo Armando (23). Apuntaban sus armas y propinaron golpes. También habían detenido a Sergio (28) y Rodolfo Antonio (24), que, ya instalados por su cuenta y casados, vivían en casas cercanas del fundo.

Como señalan las fichas que sobre todos ellos confeccionó la Iglesia Católica, la fuerza pública no exhibió orden de detención ni de allanamiento ni tampoco indicó el lugar al que serían conducidos.

El furgón siguió traqueteando en las nieblas. Sus ocupantes recogieron, con la misma violencia e igual procedimiento, a Enrique Astudillo Alvarez, de 49 años, y a sus hijos Omar y Ramón Astudillo Rojas, todos ellos obreros agrícolas; y a los hermanos Carlos Segundo, Oscar Nibaldo y Nelson Hernández Flores, este último, dirigente del sindicato de la viña Naguayán.

Al día siguiente, los familiares iniciaban una angustiosa búsqueda en la tenencia local, donde se les indicó que los detenidos habían sido trasladados de lugar, aunque sin indicar dónde. Más de un año más tarde, el sargento 2.º de Carabineros Luis Acevedo, jefe subrogante de la unidad, informaría a la justicia que el grupo se envió "al Campo de Prisioneros del Estadio Nacional, donde fueron recibidos conforme..."

### Sospechas

Según agregaba, su ingreso al coliseo deportivo constaba en una firma registrada al reverso de la copia de una minuta con que se acompañó a los detenidos. La rúbrica "al parecer dicit. Stgo. 2º González". Pero el Servicio Nacional de Detenidos (Sendet) —acreditaba después un magistrado— no llegó a informar para negar o reconocer que hubiese recibido a los detenidos. Y mediante ese procedimiento, quedó cortado el hilo de la pista hasta ahora.

El original de la minuta que acompañaba a los Maureira, Astudillo y Hernández no ha podido ser ubicado. Hay, sin embargo, una fotocopia disponible. El documento tiene fecha de 8 de octubre de 1973, y lo firma el teniente Lautaro Eugenio Castro, a la sazón jefe de la tenencia.

Consigna una serie de cargos a los detenidos. Enrique René Astudillo Alvarez: "Filiación comunista... Se presume su vinculación con elementos extremistas ocultos en los cerros del cordón Nallagua, ya que se le ha sorprendido en reiteradas oportunidades transitando en dicho sector